

EL AFÁN



Carlos Salas

EL AFÁN

endira

Grupo Editorial Endira México, S.A DE C.V

El Afán.

Primera Edición, 2013.

© 2013, Carlos Salas.

D.R. De esta edición.

© 2013, Grupo Editorial Endira México, S.A de C.V.

Boulevard Centro Industrial No. 26, Industrial Puente de Vigas,

C.P. 54070 Tlalnepantla de Baz, Estado de México.

Teléfono: (55) 5363-7614

www.endira.com.mx

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor.

Impreso en México.

ISBN: 978-607-8323-04-3

Diseño: Erik Gastón Sánchez Basurto

Imágenes: canstockphoto

Para mayor información, visita:
www.endiraliteraria.com.mx

¿Tienes algún comentario, duda o sugerencia?

Escríbenos a: lectores@endira.com.mx

ÍNDICE

DEDICATORIA	9
AGRADECIMIENTOS	11
I.	13
II.	25
III.	39
IV.	57
V.	65
VI.	81
VII.	91
VIII.	101
IX.	115
X.	133
XI.	141
XII.	151

DEDICATORIA

Escribo para algún día ser leído por ti,
por gente que aún no conozco
y otros muchos que jamás conoceré...

A la memoria de mi abuela.

AGRADECIMIENTOS

Antes que todos, mis agradecimientos a mi familia que, con afectiva paciencia y entregándome su incondicional apoyo, me han acompañado en cada etapa de mi vida, soportando el sube y baja de varias de ellas. Fue lo vivido en todas mis etapas lo que llenó de ímpetu mis palabras.

No encuentro la manera de explicar la vital importancia de algunos que, con gran intensidad, han escuchado las ideas de esta historia y aún más, transmitido algunos de los conocimientos y experiencias al respecto, dando vida a cada una de mis letras y personajes, como lo hicieron el Dr. César Pérez Velázquez, el Dr. Leonardo Anaya, la trabajadora social María Juana Arvizu y el sargento del H. Cuerpo de Bomberos Ricardo Pérez, entre tantos otros.

Gracias especiales a mi hermano Jhonatan y a Erick Azael Torres, mi primo hermano, que no sólo me honraron con sus observaciones, sino que además apoyaron en todo momento la realización, en un principio vaga como un sueño, de esta historia; a Mariana, por las hojas de papel en esas tardes de espera; a Ian Gardner, por ser mi primer lector; a Luis Esteban Pérez, por sus valiosas críticas y correcciones; a Nidia, por su apoyo, y a Ian C. Earnshaw (*because he had confidence in me and in this story, from Australia*).

Quisiera poder acertar con las palabras para agradecerle a ti, lector. De no existir tú, nunca habría tenido el impulso tangible de escribir y hacer uno de mis mayores sueños realidad: un libro. Por último agradezco a mis muchos profesores que originaron, desde el mismo día en que aprendí a leer y escribir, al igual que muchos escritores con sus libros e historias, mi amor por la lectura y la redacción. Los idiomas son la principal vía con la que aprendí a expresarme y simplemente no puedo vivir sin hacerlo. A cada uno de ustedes, mis gracias perpetuas por compartir sus vidas conmigo.

***La historia de mi vida es un fragmento de la tuya...
Salas.***



I

Desperté... Nunca había deseado tanto hacerlo como aquella vez. Sudaba frío, respiraba con intranquilidad y el corazón me latía con fuerza.

-¿Qué tienes, amor? -escuché preguntar a mi esposa mientras yo buscaba el interruptor para verla-. ¿Te sientes bien?

-Sí, estoy bien. Fue sólo una pesadilla -respondí.

Llevé las manos a la cabeza en señal de malestar pasando mis dedos por la cicatriz situada encima de mi ceja izquierda.

-Tranquilízate, no pasa nada -dijo-. Anda, déjame abrazarte e intenta dormir de nuevo. Aquí estoy contigo.

Jamás había tenido un sueño tan vívido como aquel y ojalá en verdad nada estuviera pasando, pero bien sabía que no era así. Intenté calmarme y Natalia me abrazó. Sin embargo, me mantuve despierto y pensativo contemplándola toda la noche con el mismo sueño incómodo rondando mi almohada.

A la mañana siguiente me levanté con mucho cansancio por no haber dormido casi nada. Una vez listo para ir a trabajar, me despedí de mi esposa con un beso en la frente como siempre lo hacía, tomé las llaves del coche con una mano, cualquier corbata con la otra y silenciosamente cerré la puerta para no interrumpir más su sueño.

A partir de esa noche la historia se repitió de manera incesante, siempre la misma escena: despertar, tranquilizarme en los brazos de Natalia, contemplarla hasta conciliar el sueño y descansar un poco hasta que el despertador sonaba por la mañana para ir a trabajar totalmente exhausto.

Con el paso de los días mi desempeño en el trabajo comenzó a decaer al igual que todo lo que hacía. Estaba intratable y completamente distraído, no tenía ganas ni cabeza para otra cosa que no fueran mis sueños, mi insomnio y mis malos ratos. La mayoría de las veces solía ser una persona de buen apetito y participativo en las charlas. Sin embargo, cada vez me interesaba

menos escuchar o hablarles a los demás. Incluso hasta llegué a un punto en que para lo único que salía del departamento era para ir a trabajar y comprar algo de comer para mitigar el hambre.

El constante dolor de cabeza ya era tan insoportable que no tenía ganas de tratar con nadie y hasta evitaba hablar conmigo mismo. El simple hecho de pensar me irritaba por la falta de sueño que ya se reflejaba en el contorno de mis ojos.

Después de más de cuatro semanas y media de pasar por lo mismo, no paraban de decirme que cada día me veía peor y que ya era estrictamente necesario consultar a un especialista, pues mi semblante no era nada bueno y mucho menos lo eran mi estado de ánimo y humor. Conseguir un buen especialista por recomendación no fue fácil, de hecho fue imposible, aunque poco me importaba, así que me incliné por la practicidad de recurrir al directorio y buscar el más cercano. En el fondo realmente me daba lo mismo acudir con ese o con cualquier otro, me mostraba escéptico de poder resolver mis problemas de sueño hablando con un completo desconocido quien, quizá, me recomendaría tomar unas vacaciones. Sin embargo era tanta mi desesperación que, a pesar de tal escepticismo, esperaba que sí pudiera ayudarme o, al menos, dejaran de presionarme con el mismo cuento de visitar a un especialista y me dejaran en paz de una buena vez...

-¿Señor Ulises Mina? ¡Pase, por favor! -me dijo el sicólogo al momento de entrar a mi primera sesión de terapia cuatro minutos después del mediodía.

-Llámeme sólo Ulises -dije al levantarme del sillón de la sala de espera para dirigirme hacia la puerta del consultorio.

-Mucho gusto, Ulises. David Roldán a tus órdenes. Y si hay que romper formalismos entonces puedes llamarme David, si gustas -comentó estrechando mi mano con la derecha e invitándome a pasar con la izquierda-. Adelante. Toma asiento, por favor.

Me senté frente a su escritorio pensando que debía guardar una buena postura natural, pues, sin duda, mi análisis ya había empezado.

-Platícame entonces, ¿a qué debo tu visita...? ¿En qué puedo ayudarte? -preguntó con amabilidad mientras se acomodaba en su silla, más cómoda y amplia que la mía a todas luces.

Nunca me han gustado los consultorios y aunque no era el típico consultorio médico, ya que éste era más una especie de sala con plantas, estantes llenos de libros, con alfombra y algunas figurillas de porcelana y vidrio, seguía teniendo el mismo propósito: dar un diagnóstico invadiendo mi privacidad.

-Tengo problemas para dormir bien. Siendo más específico, tengo pesadillas -contesté algo incómodo y tajante.

El ruido exterior se filtraba un poco por las paredes del consultorio que daba a la avenida. Jamás soporté el ruido de los autos, mucho menos al estar trabajando, siempre me resultó muy molesto para concentrarme.

-¿Y por qué crees que yo puedo ayudarte? -comentó mirándome a los ojos apoyando los brazos en el escritorio.

-La verdad no lo creo -respondí nervioso-, pero todos los demás, incluyendo a mi esposa, sí... Y también porque ya no sé qué hacer para ya no soñar lo que sueño. Realmente me siento desesperado.

-Vaya, al menos eres sincero -y esbozó una sonrisa-, eso nos ayudará bastante. Dime, ¿cuánto tiempo llevas teniendo pesadillas? -cuestionó anotando algo breve en una libreta.

-Poco más de un mes, más o menos, aunque casi todas las noches sueño lo mismo -expliqué aprisa.

-Ya veo -me dijo y de nuevo anotó algo que por más que quería no alcanzaba a ver.

-Por cierto, Ulises, ¿a qué te dedicas y cuántos años tienes?

-Trabajo en una agencia de traducción y tengo treinta y un años.

-¿Tienes hijos?

-No aún, mi esposa Natalia tiene casi ocho meses de embarazo.

-¡Ah, muchas felicidades! -exclamó de una manera que percibí algo hipócrita y por compromiso.

Aquel interrogatorio me pareció tonto y muy incómodo. De no haber sido porque era un analista quien lo hacía, bien hubiera pensado que se trataba de una superficial entrevista de trabajo para un puesto que no pretendía en lo más mínimo.

Las preguntas eran constantes, como si formaran parte de un script aprendido de memoria. Así hablamos de mi vida personal por largo rato hasta que, por fin, se limitó a retomar el tema por el cual yo estaba allí.

-Bien, pasa al diván y recuéstate, por favor -me invitó levantándose al decirlo.

Así lo hice, tomé mi lugar en aquel mueble que me pareció más una evolucionada silla de los acusados que otra cosa; por su parte, el doctor se acomodó en un sofá a mis espaldas.

-¡Muy bien, Ulises! Quiero que cierres los ojos y te relajes -me pidió con un tono más amable.

Cerré los ojos y guardé silencio sintiéndome un completo estúpido. ¿Qué más daba cerrarlos o mantenerlos abiertos? De cualquier modo no lo notaría, estaba a mis espaldas.

-Háblame de esos sueños que sueles tener. Cuéntamelos en detalle, por favor -me pidió pausadamente-. ¡Di lo primero al respecto que pase por tu mente!

Al escuchar sus palabras sentí ganas de salir corriendo, de que interrumpieran la sesión tocando la puerta o que volviera a preguntarme sobre mi vida personal, de buscar cualquier pretexto para no hablar de eso o decir que no lograba recordarlo como siempre decía cuando alguien me preguntaba qué soñaba; de todo menos hablar de mis sueños. Sin embargo, los recordaba a lo largo de todo el día, al trabajar, al comer, al bañarme, incluso al estar con mi mujer. Siempre me daban vueltas en la cabeza una y otra... y otra vez.

Me quedé en silencio por un momento que me pareció una eternidad al no saber qué decir ni cómo comportarme. Comencé a moverme cuando un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No encontraba dónde ocultar la mirada ni un lugar fijo para mis manos. -¿Ulises...? ¿Qué es lo que sueñas? -volvió a cuestionar el Dr. Roldán ante mi comportamiento de desconcierto.

Me mantuve de nuevo callado por un rato tal vez más prolongado. El silencio comenzó a tornarse incómodo y podía escuchar hasta mi arrítmica respiración. No era posible decir tonterías, tenía que pensar muy bien lo que diría ya que todo sería sometido a un meticuloso análisis.

Miré a cualquier parte hasta enfocarme en el librero donde un gatito blanco de porcelana pareció devolverme la mirada, tal como si supiera a la perfección lo que pasaba por mi mente en todo momento, invitándome con su pata izquierda en alto a hablar.

Cerré los párpados aún sin encontrar algo inteligente qué decir. Pensaba en mi esposa, en lo linda que era, en lo mucho que la amaba y lo feliz que me hacía; pensaba en las veces que la había decepcionado y sin embargo seguía a mi lado a pesar de todo; pensaba en ella, sólo en ella... y en mis pesadillas.

Suspiré hondo y mis manos sudorosas se buscaron mutuamente.

-A veces sueño que asesino a alguien... -me digné a decir con frustración.

Por tercera vez la habitación se llenó de silencio y el ambiente se tornó tenso y pesado, al menos esa era mi impresión. El corazón me comenzó a latir con rapidez y me sentía como animal de aparador al imaginar la mirada analítica del Dr. Roldán a mis espaldas.

-Sueñas que asesinas a alguien... -repetió con voz lenta mientras buscaba quizá una postura más cómoda en su asiento-. ¿Y quién es ese alguien, Ulises?

Mis dedos se anudaron entre sí cuando un leve hormigueo comenzó a recorrerlos. Fue inevitable mirarlos por un breve instante antes de mirar de nuevo aquel gato de porcelana de enorme cascabel dorado en el cuello y de mirada inmutable.

Titubeé en mi siguiente respuesta, aunque esa vez mi mente trabajó con más agilidad.

-La verdad no estoy muy seguro. A mi parecer se trata de una mujer, pero no es algo que tenga muy claro, aunque la sensación es tan real como hablar con usted en este momento.

-¿Has hablado de esto con alguien más?

-No, con nadie. Ni siquiera un simple comentario al respecto.

-¿Ni siquiera con tu esposa?

Un nuevo escalofrío recorrió mi cuerpo. Mantener los ojos cerrados me resultaba imposible. Y el gato parecía seguir mirándome como a la expectativa de una respuesta que ya sabía de antemano.

-No, ella no sabe nada -comenté al observar un libro de *Neuropsiquiatría Cosmética* que me llamó mucho la atención al nunca haber escuchado de algo así-. Lo único que sabe es que tengo pesadillas que no quiero recordar una vez que despierto y creo que ya está harta de que todas las noches la despierte por lo mismo.

-¿Por qué tomaste la decisión de no contárselo?

Seguro anotaba todas mis respuestas, de eso no me cabía duda, no por nada usaba libreta y bolígrafo, pero ¿qué anotaba? No había dicho nada que no pudiera recordarse con facilidad.

Las manos me sobaban, no sabía dónde meterlas. Y el gato no dejaba de mirarme, al igual que el Dr. Roldán seguramente, supuse. En ese instante no sabía si deseaba más que dejaran de mirarme o yo meter la cabeza en el suelo como avestruz o tortuga en su caparazón. Cerrar los ojos no era suficiente para mantenerme aislado. No era cuestión de no ver sino de oír y ser escuchado.

-Porque a veces he llegado a pensar que... esa mujer es mi esposa -respondí con la misma incomodidad que me provocaba tal pensamiento.

Apretujé con más fuerza mis dedos sudorosos.

-¿Qué te hace pensarlo?

-¡No sé...! ¡No lo sé! -Noté cómo mis palabras salían con tono de desesperación y mis manos comenzaron a moverse con violencia delante de mis ojos de un lado a otro-. ¡Sólo así lo he

Llegado a sentir...! ¡Y no me puedo apartar esa idea de la cabeza!
Es por eso que no me he atrevido a contárselo a nadie.

-Tranquilízate, Ulises. Dime, ¿qué recuerdas con certeza?

El Dr. David Roldán tenía un gran número de reconocimientos y diplomas desplegados por toda su sala de consultas. Por lo que alcanzaba a leer, había tomado diversos diplomados y especialidades. Sin duda tenía un amplio currículo y pensaba que tenía más cuadros que años de profesión. No obstante, a pesar de parecer que toda su vida la había dedicado a su preparación, noté que perdida entre los libros había una discreta foto de él junto a una mujer y dos niñas que sin duda serían su familia; detalle poco profesional e inadecuado a mi parecer. Con dos hijas de unos ocho y diez años de edad, creo que él debía tener unos cuarenta y tantos, más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, y una vida alejada de los vicios aunque con poca actividad física por su ligero sobrepeso y su peinado de mis primeros días de escuela.

Suspiré sin planearlo y volví a cerrar los ojos, lo que diría a continuación debía ser muy inteligente, de ello dependía mi análisis. Sabía que en términos generales lo estaba haciendo bien como todo lo que hacía, era sólo cuestión de controlar mis nervios.

-A veces me veo en un lugar que no conozco -contesté anudando mis manos escurridizas-, sueño que tengo prisa y estoy muy inquieto porque está muy oscuro, me siento ansioso por salir de allí a toda costa pero no hay puerta, así que comienzo a golpear las paredes con todas mis fuerzas...

Se escucharon sirenas de ambulancias y patrullas pasando frente al consultorio a alta velocidad haciendo necesaria una pausa. Aprovechando la distracción, traté de estructurar y expresar de la mejor manera todas las palabras que flotaban revueltas en mi mente.

-Es en ese momento cuando siempre siento la presencia de alguien detrás de mí -continué-, escucho gritos y sollozos, me acerco para ver de quién se trata y el ruido es cada vez más

perceptible y agudo hasta volverse casi insoportable. Son gritos de desesperación y sufrimiento que me piden poner fin a su martirio -«más insoportable que el ruido de esas molestas sirenas o incluso sus preguntas», pensé-. De allí todo se vuelve muy confuso e inexplicable. Siento mucho miedo, las piernas me tiemblan, por más que intento hablar es inútil, simplemente no puedo, luego veo mis manos llenas de sangre... Y de pronto ya no hay más gritos, aquella silueta ahora se encuentra tendida en el suelo ahogándose con la misma sangre que cubre mis manos, estremeciéndose como si se convulsionara. Entonces me acerco con pasos lentos y es cuando distingo que se trata de una mujer con un bebé en brazos, agradeciéndome y condenándome, con su expresión llena de odio y lágrimas, el haberles arrebatado la vida. Es allí cuando despierto, es todo lo que recuerdo... Ahora entenderá por qué me es inevitable pensar que se trata de mi esposa.

-Entiendo -murmuró, y yo imaginaba el bolígrafo deslizarse por el papel del cuaderno.

-¡No, no entiende...! ¡Usted no entiende! -interrumpí abruptamente con mucha furia-. ¡No entiende absolutamente nada! ¡Nadie entiende! ¿No lo ve? ¡Se trata de mi esposa y mi hijo! ¡No de su familia ni de usted! ¿Cómo me dice que lo entiende? -reclamé colérico incorporándome del diván retándolo con la mirada.

-¡Tranquilízate, Ulises! Vuelve a tu lugar, por favor. Te ofrezco una disculpa. No fue mi intención incomodarte. Es sólo un sueño, no es real. Necesito que pongas de tu parte y ambos llegaremos al fondo de esto -comentó el doctor con tal imperturbabilidad que ya no supe cómo reaccionar y no tuve otra alternativa más que volver a mi asiento inhalando y exhalando mientras lo hacía.

-¡Lo siento! ¡En verdad lo siento mucho! ¡Disculpeme, por favor! -le pedí en otro tono-. Estoy muy cansado, es todo.

Sonó el intercomunicador y habló la recepcionista para preguntar si todo estaba bien. El doctor se levantó para contestar que no había ningún problema y después volvió a su asiento como si nada hubiera pasado. Por mi parte, comencé a recuperar el temple y, muy apenado, de nuevo le ofrecí disculpas al Dr. Roldán.

-Creo que esto no va a funcionar -comenté mucho más relajado pero con gran desconcierto-. No creo que pueda seguir hablando con usted.

-Es importante que pongas de tu parte. No puedo forzarte, así que sólo siéntete con la libertad y la confianza de decir lo que quieras decir. No te preocupes. Además para eso estás aquí, para hablar y yo escucharte -me dijo con tono amable.

-He leído que muy en el fondo uno es capaz de hacer todo lo que piensa y sueña -intervine diciendo con más raciocinio-, que los pensamientos más oscuros forman parte de nuestros actos reprimidos y, aunque no los hagamos jamás, en el fondo sí somos capaces de hacerlos por el simple hecho de pasar por nuestra mente. Me da miedo pensar que muy en el fondo sí sería capaz de hacer algo así. ¡Lo peor de todo es que, en mi caso, sueño que mato a alguien que bien podría ser la persona más importante de mi vida...! -concluí frenético.

-Pero has dicho que sólo sientes que podría tratarse de tu esposa y, además, en ningún momento sueñas matar a esta mujer. Es simplemente una sensación -comentó el doctor que tal vez cruzaba hacia el otro lado la pierna-. ¿Tú crees que realmente eres capaz de hacer algo así?

Y el gato de porcelana no dejaba de mirarme con sus enormes ojos brillosos...

Mi repulsión por esos animales se avivó de un modo instintivo por aquella tonta figura. Alguna vez me gustaron mucho, al menos así fue hasta la ocasión en que mi gata Misha me arañó la cara cuando intenté acariciarla.

Recuerdo que mi padre lo vio todo y cuando Misha comenzó a arañarme, él corrió a quitármela de encima. Yo gritaba con todas mis fuerzas. No lo vi todo claramente, sólo vi cómo Misha seguía soltando arañazos por todas partes hasta que mi padre la aventó sin remordimiento contra la pared. De ahí no vi más, yo gritaba por el dolor, por el susto y también por la impresión de ver así a mi gata y a mi padre. Lo que sí es seguro es que Misha murió por las patadas que ese señor le asestó en la esquina de la sala. Sin duda verlo dando muerte a mi mascota fue una impresión muy fuerte para mis escasos seis años de edad. Mi madre llegó

corriendo al rescate, demasiado tarde en el caso de Misha. Yo no dejaba de gritar ni lloriquear; ella me abrazaba y apartaba de la escena. Aquella vez comprobé con mis propios ojos que los gatos no tienen siete vidas y también que no siempre caen de pie. Ese fue mi primer y último gato, de hecho mi primera y última mascota. Mis padres nunca me dejaron tener algún otro animal y, la verdad, tampoco insistía tanto cuando me lo negaban. Jamás olvidé lo que pasó ese día y me daba miedo volver a pasar por algo así...

-¿Tú crees que realmente eres capaz de hacer algo así? -fue la pregunta que formuló el Dr. Roldán.

-¡Por supuesto que no lo haría! -repliqué volteando hacia él para después regresar la vista a los ojos del gato que en ningún momento parpadearon-. Por eso me siento mal y no dejo de pensar en ese maldito sueño tan real y esa sensación de haber matado a esa mujer.

Sonó mi celular y el sobresalto fue inevitable por lo tenso que estaba. La llamada provenía de un número desconocido y pensé que quizá se trataría de mi jefa para tratar cuestiones de trabajo pendientes. A pesar de que aquel día era sábado y no trabajaba los fines de semana, fue lo único que pasó por mi mente: una traducción urgente.

-Adelante, contesta si lo consideras importante. No hay problema -comentó el Dr. Roldán ante mi expresión de no saber qué hacer. -No, está bien. Regresaré la llamada después -dije y apagué el teléfono-. Aunque si no le molesta me gustaría retirarme y continuar en otra ocasión -sugerí al notar en la pantalla del celular que a la hora de la sesión le restaban sólo dos minutos-. Creo que ha sido demasiado por hoy. Y le pido me disculpe por mi reacción otra vez.

-Está bien, Ulises, no hay problema. Únicamente me gustaría pedirte que de preferencia apagues tu aparato la próxima vez.

«Pero no habrá próxima vez...», pensé sin hacer caso a la recomendación del doctor. Me sentía peor que antes de cruzar por esa puerta. Entendí por qué Jesús prefirió mejor hablar con una piedra en vez de hacerlo con un especialista.

Lo demás fue sencillo, las despedidas hipócritas llenas de preocupación y buenos deseos son el pan de cada día de esta sociedad corrompida y disfrazada de supuestos buenos modales y formalismos fingidos.

Salí de la sala de consulta, no sin antes extender la mano para tomar la tarjeta de presentación que el doctor me ofreció. Una vez que metí la tarjeta en mi cartera, estreché su mano mientras echaba un último vistazo al gato de porcelana que en tan corto tiempo ya odiaba, aunque quizás era mutuo. Finalmente pasé con la recepcionista para corroborar todos mis datos y programar mi siguiente sesión, a la que por supuesto no estaba dispuesto a asistir.

Llegué al auto y reflexioné por un momento lo que había sucedido: mi reacción, mis silencios, mi miedo, mi nerviosismo, todas las preguntas, todos esos reconocimientos sobre las paredes, mis sueños y ese maldito y tonto gato de porcelana.

Despejé con poco éxito mi mente recargándome un momento en el toldo, hasta entonces me fue posible mantener los ojos cerrados y relajarme un poco. De pronto me acordé de la llamada que no había contestado. Busqué el celular en mi bolsillo y lo encendí.

En comparación con el consultorio que se encontraba escalera arriba, el automóvil se sentía frío, más apegado al clima otoñal característico del mes de noviembre. Era la una con once minutos de acuerdo al reloj del tablero y me pregunté si aquella hora de mi vida había sido de provecho o bien una eminente pérdida de dinero y tiempo.

Recargué la nuca en el asiento con las manos en el volante y fijé la mirada en el retrovisor. Escuchaba el motor andando y sentí la ligera vibración que éste producía a través de los brazos. Solté un suspiro de aquellos que el inconsciente exige para calmar los pensamientos, bajé los párpados con el propósito de resguardarme del exterior y poner en orden mi cabeza.

Nunca he comprendido por qué se dice “poner la mente en blanco” si al cerrar los ojos lo veo todo negro, quizá sería más acertado decir “poner la mente en negro”, aunque tal vez yo

sea el único que tenga la mente oscura o bien lo que es negro para mí, es blanco a la percepción de los demás. ¿Quién podría asegurar que no es posible? ¿Por qué no pensar que lo que unos conocen como azul es amarillo para otros o un color propio de cada mente pero que conocemos bajo el mismo nombre?

Me sentía cansado. El cerrar los ojos me provocó una fugaz sensación de confort y lubricación en las retinas muy parecida a la sensación de dormir. Respiré hondo y del negro-blanco pasé de nuevo a ver mis manos en el volante y el reloj del tablero que ya marcaba la una con quince.